

Francisco Amunátegui

Un escritor de los tiempos modernos: Pierre Mac Orlan

(Correspondencia de París, especial para «Atenea»)



AS generaciones literarias se suceden en Francia con la implacable regularidad de la vida. Con Paul Bourget, desapareció el último e ilustre representante de la época gloriosa anterior a la guerra, en la que algunos nombres, famosos entre todos, llevaban a los cuatro rincones del mundo, con los clásicos libros de cubierta amarilla, la gloria de las letras francesas. Maurice Barrés, Anatole France, Paul Bourget, Pierre Loti... generación tranquila de burgueses acomodados disponía del tiempo necesario, mientras Europa se entregaba a los placeres, para filosofar, soñar y meditar sobre una frase bien hecha o para expresar su admiración ante una obra de arte. Esos maestros alcanzaban el apogeo de su celebridad y la generación que les seguía, educada en una escuela de sacrificios, conocía los sufrimientos que sus mayores, grandes aristócratas, habían siempre ignorado: juventud pobre y juventud angustiada que debía bien pronto ir a

afrontar el destino, en los campos de batalla, en defensa de principios que, aun en la hora actual, se presentan con poca claridad. Y es esta diferencia en el aprendizaje de la vida la que ha abierto un profundo abismo entre las dos generaciones. Un libro contemplativo y negligente de Pierre Loti y un libro inquieto de Jules Romains están separados por ese trastorno mundial, cuyas consecuencias no hemos maldecido aún lo bastante.

Desearíamos escribir aún algunas palabras características sobre los escritores que conocieron la guerra y después la paz inestable. La mayor parte de ellos, a su vez, han llegado a ser maestros, pero siempre los distinguirá de sus predecesores, la inquietud y la angustia de los tiempos presentes que se encuentran en cada página de sus obras. Anatole France, en libros inmortales, hacía comprender la belleza definitiva de alguna figura griega desconocida, encontrada en sus callejeos artísticos cotidianos. Era el tiempo feliz... Se puede leer cualquier libro de Mac Orlan y se encontrará inmediatamente la impaciencia para conocer el porvenir que es la marca fatal de nuestra época.

Pierre Mac Orlan comenzó su carrera literaria como buen discípulo de los humoristas ingleses, que saben hacer reír con seriedad, en lo que el escritor francés tenía un mérito especial, porque en esos años, a pesar de su ingenio, no tenía para comer todos los días. Esta es la razón de que se encuentre un gusto amargo en sus invenciones más burlonas y de que aparezca ya en sus libros un sentimiento de la colectividad que, a su turno,

arrastraría a Jules Romains hacia ese «unanimisme» que ha servido de fundamento a su justa gloria. La incertidumbre de la vida, porque ignora si la patrona de la pensión en que habita lo pondrá a la puerta al día siguiente, o porque no sabe si una bala enemiga lo matará al alba, al salir de la trinchera, son los dos primeros temas que encontramos en su obra. Musset, una de las raras veces en que miró a su alrededor, se ocupó también de esos niños nacidos entre dos guerras a quienes sus padres, con sus uniformes bordados, abrazaban apresuradamente antes de volver al combate. Los historiadores futuros consultarán un día los libros de un Mac Orlan para oír la confesión de los que, entre 1914 y 1937, no fueron felices.

«La Cavaliere Elsa» dió a conocer al joven autor. El primer gran paso estaba dado: La Cavaliere Elsa, la Cavaliere, como la llamaban sus íntimos, esa heroína de la cual vivió enamorada la juventud de entonces, que soñaba con ella viéndola pasar desnuda sobre su gran caballo, es una aventura que, a la cabeza de sus hordas asiáticas, conquista Europa y transplanta al suelo francés principios políticos verdaderamente inquietantes. La Cavaliere muere para felicidad de la civilización occidental, de muerte violenta, símbolo frecuente en Mac Orlan, no sólo de la incertidumbre de la hora, sino también de la intervención ilógica de la casualidad. Una escena, entre otras, ha quedado en las memorias, aquella en que las tropas mongolas, desde las alturas de Saint-Cloud, descubren a través de los árbo-

les del parque, la ciudad de París donde pronto piensan desfilar como vencedoras. Todo Mac Orlan está ahí: inquietud e irónica anticipación.

Firmado el armisticio, Mac Orlan forma parte de las tropas de ocupación y llega a Renania de donde trae algunos libros magníficos y donde sufre, sobre todo, una influencia curiosa: un día, en el crepúsculo, sobre el Puente del Norte en Maguncia, encuentra al doctor Fausto. El romanticismo de las ciudades alemanas, el ruido aún no bien apagado de la guerra, la silueta de alguna Margarita soñadora, quedarán para siempre impresos en el recuerdo intelectual del autor. El resultado inmediato es un prólogo famoso para el Fausto ilustrado por Daragnes, en la traducción de Gerard de Nerval en que compara, con una gran penetración de espíritu, la obra de Marlowe con la de Goethe. Vino después un libro, «Marguerite de la Nuit», que injustamente ha llamado poco la atención en la lista imponente de su bibliografía y que, sin embargo, es uno de los más brillantes éxitos de que puede enorgullecerse un escritor de talento y sangre fría. Es la transposición en la vida moderna del drama «goethiano»; Mefistófeles es un personaje misterioso, cuyas ocupaciones nocturnas no son bien conocidas, pero seguramente pertenece a la policía, y Margarita es una bailarina profesional en un bar de Montmartre; no debemos dejarnos impresionar por este tema pintoresco y fácil, sino por la evocación brillante del conflicto de pasiones y de edades que encierra.

Se puede decir que Mac Orlan ha ensayado, y

siempre con éxito, todos los géneros, pero hay que decir también que son siempre sus preocupaciones profundas las que expone, aun cuando se trate de la más frívola de las novelas policiales. Un libro es, casi sin excepción, una confesión: Gustavo Flaubert decía solemnemente: «El drama *Bovary* soy yo».

Novela policial con «*La Tradition de Minuit*» o su deliciosa «*Dinah Miami*»; novela de aventuras, como «*Le Chant de l'Equipage*», en el que con el viento del mar pasa el recuerdo de los años heroicos, en que los corsarios con su pabellón negro adornado con una calavera imponían la ley en las grandes vías marítimas; novela social con «*La Venus Internationale*»; novelas documentarias con sus «*Villes*», sus «*Pirates du Rhum*»; novela fantástica con «*Le Negre Léonard*»; poemas, reportajes, críticas de nuestro tiempo, en todo Mac Orlan se muestra de la familia de esos escritores universales que definitivamente han salido de su torre de marfil y que, con la pipa en la boca y las manos en los bolsillos, pero con el espíritu abierto persiguen la misión de observar con ternura y con lucidez su siglo.

Ahora vuelve a un género en que es considerado como maestro. La Legión Extranjera lo ha traído con el enigma de esos hombres, cuyo pasado es desconocido, de esos soldados anónimos que voluntariamente se han separado de su patria, de su familia, de su personalidad y que han pasado a ser simples números y esto le ha procurado una fuente fecunda de emociones. En la Legión Extranjera, se encuentran todas las emociones

de la poesía y de la violencia contemporáneas. Se recuerda «La Bandera», en que un policial más temible y más astuto que los de la profesión, persigue a un asesino hasta las regiones más peligrosas del Atlas marroquí, ahí donde los pozos son raros y la muerte está siempre presente. Estos regimientos, donde van los muchachos malos, capaces de todos los sacrificios, de un gran amor y de la más vil acción, en las tierras tórridas de Africa, donde es necesario ser un hombre para poder resistir a la hostilidad de los otros hombres y a los efectos disolventes del cansancio, esos regimientos condenados le han dado sus temas más hermosos. Los evoca, una vez más, en su último libro, «Le Camp Domineau», editado por la Casa Gallimard, nombre de una región de Túnez que sirve de cuartel a los batallones de Africa.

Lo importante de este libro, uno de los mejores de Mac Orlan, es la acción que se desarrolla en un momento decisivo para los destinos de la vieja Europa. Tal vez sólo el autor que analizamos podía aprovechar esos elementos tan delicados como el más sensible de los explosivos: drama diario del hombre instintivo a quien la más estricta de las disciplinas no retiene sino apenas, espíritu de aventuras, placer en el reposo mal ganado, pereza culpable que no se somete a las reglas del juego y despiertan, como un contrasentido, patriotismos mal comprendidos y, por fin, puesto que son el resumen de esta humanidad descompuesta, naciones que se afrontan por problemas sin grandiosidad.

Se trata en este libro de la ficción de un novelista, pero su mérito está en presentar un cuadro, que tal vez puede ser exacto, de la Europa actual. El espía Mutche, el temido Mutche, completa la galería de esos personajes que Mac Orlan sabe pintar como inquietantes, amigos de la obscuridad, listos para combatir, y que aceptan la sanción sin ningún pesar. Lo novelesco no está fuera de lugar: ¡cuántas catástrofes se producen como resultado de una gran imaginación! Los intereses en lucha, las ideologías que combaten llegan a crear situaciones tan confusas que, al producirse un acontecimiento brusco o una acción desesperada, es casi imposible comprender, en el momento mismo, los móviles y el resultado perseguido.

París, octubre de 1937.